

La maestra que se volvió estudiante a los ochenta

Tras haber enseñado en escuelas rurales sin luz, en galpones de las estaciones de trenes o en escuelas de Montevideo con vidrios rotos y alumnos casi todos repetidores, Edith no renuncia a ese mundo ni con 80 años de edad. Ella elige seguir siendo parte de la enseñanza pero de un modo diferente. Estudió los cuatro años de magisterio desde su casa en Florida sin asistir ni a una sola clase. La Uni3 le permitió conocer cómo es ser alumna presencial de una universidad, como es ser una oyente más sin preocuparse de cocinarle a sus alumnos para que no pasaran casi todo el día sin comer. La Uni3 fue donde Edith logró conocerse de nuevo como estudiante.

27 set. 2011

Eliana Tato

Edith cierra las ventanas, las puertas de la escuela y se va de allí. No apaga las luces porque no hay electricidad, pero sí los faroles a gas. Por ese día, no pasa la noche en ese lugar. Un hombre la espera en la puerta; apenas la ve, se acerca al camino de pedregullo y le hace señas a un camión. Éste se detiene, el hombre habla con el conductor, anota la matrícula y da la aprobación. Edith se sube. A primera vista, el conductor no le llama la atención. Al mirar para atrás, ve una niña con el pelo enmarañado y con el rostro sucio. Viste una pollera larga y una remera. Vuelve a mirar al hombre: eran gitanos. El gitano lidera una caravana hacia Sarandí Grande –Florida– donde vive Edith. Corre el año 1953 y ella no quiere ser vista con ellos; sabe que su madre la espera en la puerta. Le pide al gitano que la deje en la entrada del pueblo. Entra sola, llega a su casa, le miente a su madre sobre cómo llegó y se alivia de estar allí después de una semana de dormir casi siempre sin compañía. Dormir en una escuela rodeada de un descampado ubicada en el pueblo 25 de Mayo. Había días que una de sus alumnas de seis años se quedaba a dormir con ella. La niña estaba autorizada por su madre a quedarse para hacerle compañía a Edith. “Era una nena muy dulce y por suerte la tenía allí. Me sentía nerviosa cuando dormía sola en esa escuela”. No había luz, no había ruido, sólo silencio y oscuridad.

Hoy, luego de 40 años de ser maestra eligió ser alumna de la Uni3. Se jubiló a los 60 años de edad. A partir de ese momento, ha hecho cursos de cocina,

portugués, inglés, costura, hasta que con 76 años llegó a La Universidad de la Tercera Edad. “Después de tanto tiempo enseñando y durmiendo en la escuela donde trabajaba, es bueno ir a clase a escuchar, relajarse y volver a tu casa”, cuenta. Sin embargo, vivió muchos años estudiando desde su casa, sin irse del pueblo.

Hizo la carrera de magisterio desde donde vivía –Sarandí Grande, Florida– porque en ese entonces, no tenía medio de transporte desde allí a Montevideo. Sus compañeros le enviaban los materiales por correo y dio todos los exámenes libres, sin haber asistido a clase. Perdió sólo un examen en cuatro años de estudio. “Recuerdo que no quería estudiar magisterio. Mi madre me forzó, me decía si quería pasarme la vida limpiando platos, como hacía ella”. Edith se muestra complaciente con su familia, no supo decir que no y por eso eligió magisterio, queriendo ser química. Hoy dice estar agradecida con su madre por haberle insistido hacer magisterio, a pesar de haber pasado noches y días fuera de su casa, cocinando para sus alumnos, curando heridas, arreglando ventanas rotas por sus estudiantes. Pero, hoy, también, se muestra aliviada de ir a la Uni3, de sentarse en un salón y ser una oyente más, de formar parte de la enseñanza pero en un rol diferente.

La Uni3 nació en 1986 en Montevideo; luego se extendió en los 18 departamentos restantes. Su fundadora es Alondra Bayley, de 90 años, miembro de la actual comisión directiva de la Uni3. Esta comisión está compuesta por 11 personas elegidas por los estudiantes cada dos años. Según Elías Alves –miembro de la comisión–, la Uni3 está patrocinada por el Ministerio de Educación y Cultura y las sedes -la central ubicada en Eduardo Acevedo y el anexo ubicado en Arenal Grande- fueron otorgadas por el Banco de Previsión Social (BPS). Además, la Uni3 está reconocida por la facultad de Humanidades, por la Universidad de la República y tiene el auspicio de la UNESCO. Solo en Montevideo, hoy en día cuenta con unos 1.300 estudiantes. Alves explica que “una vez finalizado los cursos se hace un llamado a inscripción para el próximo año”. Los inscriptos superan la capacidad locativa de la institución, por lo tanto, muchos quedan en lista de espera. Según la Red Latinoamericana de Gerontología (RLG), sólo en un día, 600 adultos mayores hicieron filas para asegurarse un lugar en la Uni3 en el 2011.

Esta universidad financia los gastos de mantenimiento por medio de una cuota mensual de 200 pesos por alumno. “Hay estudiantes que gozan de beca completa. Para hacerlo, deben presentar certificados para comprobar que

tienen una baja jubilación”, explica Alves. En la Uni3 se cursan materias como Taller de madera, Inglés, Computación inicial, Tai chi, Aantropología; las que cursa Edith son Vivir creciendo -que consiste en debates sobre temas actuales como la droga, el crimen- y Crecimiento personal y salud -que trata sobre cómo mejorar la calidad de vida-. En promedio, hay unos 30 alumnos por clase, en algunas llegan a ser 50. Edith parece extrañada al ser parte de una clase tan numerosa; cuando ella enseñó, la mayoría de las veces, tuvo muy pocos alumnos.

Una de las clases que Edith dictó fue en un galpón de la estación de trenes en el pueblo de Isla Mala en el departamento de Florida. Estaba acompañada por tres maestras y daban la clase a unos diez alumnos por no tener otro lugar. Llevaron sillas y pequeñas mesas y armaron su propio salón para poder enseñar a niños de seis y siete años. Edith se muestra complacida de los esfuerzos que sus colegas hacían para poder educar. Factor que no vio cuando a los 36 años (en 1967) decidió venir a Montevideo para casarse y empezar una vida acompañada por su marido. Edith revive sus experiencias en Montevideo y se muestra antipática con sus colegas de la capital. “Te miran con recelo, era casi inevitable que no estuviesen en desacuerdo con algo que yo opinaba. Las de la capital son más reacias, o eso parecen”. Lo dice siendo educada pero hace notar que está en desacuerdo con el método de enseñanza en ese entonces en Montevideo: “cuando vine acá, fui a enseñar a una escuela en Camino Mendoza, no me acuerdo del nombre. Los vidrios estaban rotos, los niños no habían desayunado ni almorzado antes de ir a la escuela, no obedecían, las maestras no ponían límites”. Severa, Edith, hoy en día se mantiene igual. Tiene su casa ordenada hasta el mínimo detalle, no tolera la impuntualidad y se impacienta si no está en actividad. Tantos años educando niños hicieron que no pudiese estar sola ni quieta por mucho tiempo. Por eso cuando se jubiló, decidió empezar diferentes cursos hasta sentirse cómoda en la Uni3. Pero en el salón no demuestra haber sido maestra; en los debates es la que menos participa, “me cansa, ya no estoy para hablar demasiado. Disfruto del escuchar. Y me gusta aprender sin sentir la obligación de hacerlo”.

Alves explica que la Uni3 es una educación “no formal” porque no hay exámenes ni ningún tipo de evaluación. Cada estudiante elige los talleres que quiere hacer por año. Se puede cursar hasta cuatro. Los talleres no se aprueban o se pierden, cada uno es independiente al otro. En la Uni3 nadie repite; cuando Edith me cuenta este dato, lo relaciona con la clase ya

mencionada ubicada en la Avenida Don Pedro de Mendoza (ex Camino Mendoza): “La mayoría eran repetidores, no tenían límites en su conducta porque no les exigían”. Con el tiempo fueron cambiando y todos los de su año aprobaron.

Edith recuerda sus años de maestra con una expresión ambigua; seria y severa pero cálida y comprensiva. Esos 40 años la fortalecieron pero también la cansaron y hoy en día disfruta de sentarse a escuchar a sus profesores de entre 25 y 30 años; la edad que ella tenía cuando empezó en las escuelas rurales. Se extraña al pensar que pasó de ser maestra a ser alumna después de jubilada, en cierta manera, parece querer seguir formando parte del mundo de la enseñanza; sólo que en el rol contrario.

Este trabajo fue elaborado por la alumna Eliana Tato, para la materia Taller de Revista, del octavo semestre de la Licenciatura en Comunicación Periodística. Año 2010.

<https://fcd.ort.edu.uy/914/3/la-maestra-que-se-volvio-estudiante-a-los-ochenta.html>